



V

CONTINÚA LA REVOLUCIÓN DE LAS COLONIAS

1808-1814

Buenos Aires.—Deposición del Virrey.—Fusilamiento de Liniers.—Opónese á la revuelta la plaza de Montevideo.—Reconcentra las fuerzas.—Abandono consiguiente de las islas Maluinas.—Refuerzo de España.—Bloqueo de Buenos Aires.—No lo reconoce la escuadra británica.—Los Estados Unidos favorecen abiertamente á la insurrección.—Facilitan buques de guerra.—Combate naval en el Paraná y rendición de la escuadrilla insurgente.—Presa de otro buque.—Crean nueva escuadra.—Combates en la isla de Martín García.—Otro decisivo ante Montevideo.—Es derrotada la escuadra real.—Tiene que capitular la plaza.—Faltan á las estipulaciones.—Pérdida de la colonia.—En el mar Pacífico.—Revolución de Chile.—Campana de reconquista.—Sumisión.—Resumen del estado de América.



As que cualquiera otra de las regiones americanas estaba dispuesta y preparada para la revolución de Buenos Aires, donde ya desde 1805 se conspiraba por la independencia, de acuerdo con el caaqueño Miranda y con los centros de propaganda instalados en Londres y en París. La defensa contra la invasión inglesa, para resistir á la cual se armaron y organizaron fuerzas considerables del pueblo, sirvió para darles conciencia de su valer, como la división y la rivalidad de los españoles entre sí se la daba de que no podrian contrarrestar á la voluntad de los criollos unidos. Aquéllos desconfiaron del virrey Liniers, por su origen francés, desde que los enviados del rey José Napoleón se presentaron en el Plata requiriendo su reconocimiento como soberano; los criollos



se colocaron astutamente á su lado, ahondando la disensión y los antagonismos de personas.

Informada de la situación de los ánimos la Junta suprema de gobierno del reino, nombró nuevo virrey al teniente general de la Armada D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, persona de condiciones reconocidas de autoridad, que en la posesión del cargo, andando el año 1809, tuvo menos dificultades de las que esperaba, entregándosele noblemente Liniers con amplia información de cuanto le importaba saber, á pesar de las gestiones de los naturales, que le instaron fuertemente á conservar el bastón del gobierno, ofreciéndole el apoyo de la población y el de la fuerza armada.

El principal tropiezo con que Cisneros tuvo que detener el desarrollo de sus planes consistía en la falta de recursos del país, de donde necesariamente tenía que procurárselos, interrumpidas como estaban las comunicaciones con el Perú, y cegadas las fuentes de la riqueza por las revueltas. Acudió á la necesidad decretando la libertad de comercio, con la que, si salió de apuros, dió á los separatistas el mayor aliciente que pudieran desear. Sospechaban antes el partido que podrían sacar de las masas, y conocieron entonces la manera de levantarlas y sostenerlas, visto y comprobado el fabuloso rendimiento que tuvieron las aduanas, más que suficiente para cubrir las atenciones del virreinato, resultando fondos sobrantes con que auxiliar á España.

Lo mismo que en Venezuela, fué la noticia de entrada de los franceses en Andalucía, disolución de la Junta central y sitio de Cádiz, la mecha que prendió fuego á los combustibles hacinados, no siendo ciertamente los peninsulares los que, en la pugna de supremacía con los criollos, menos la soplaron. Eran iguales los móviles é idénticos tenían que ser los resultados, depuestas las autoridades é instalada Junta soberana el 25 de Mayo de 1810. A pocos días eran embarcados violentamente el Virrey y los oidores en una balandra contrabandista que los condujo á las islas Canarias; desocupadas las cajas reales¹; organizadas tropas de la patria que en nom-

¹ De cuatro millones de pesos que contenían.



bre del rey Fernando VII propagaran la revolución por todo el territorio.

¡Y de qué modo! Liniers, el glorioso defensor del Plata contra las acometidas de los britanos, había estorbado á los planes de los conspiradores acatando los mandatos del Gobierno provisional de España y retirándose á vivir en el interior, hecha entrega del mando al general Cisneros. Hallándose en Córdoba del Tucumán, al lado de su antiguo amigo y compañero D. Juan Gutiérrez de la Concha, Gobernador de la provincia, se dispuso á levantar la bandera del orden y restauración del poder colonial después que en la capital fué derribado, procediendo á convocar soldados, de acuerdo con el referido Concha, con el Obispo de la diócesis y algún que otro español de importancia. La Junta de Buenos Aires apreció desde el momento el peligro que amenazaba á su existencia de salir á campaña un enemigo del prestigio y popularidad de Liniers, y se adelantó en la expedición de sus tropas antes que en Córdoba las hubiera en disposición de resistir.

Necesario se hizo al antiguo Virrey ponerse en camino hacia el Perú en compañía de las personas comprometidas á la reacción, esperando unirse al ejército realista, lo cual no consiguieron. Abandonados en el camino, vendidos por los guías, les alcanzó la caballería insurrecta á 30 leguas de distancia y los fusiló en la aldehuela de Cruz Alta el 26 de Agosto, presenciando la ejecución el obispo D. Rodrigo Antonio de Orellana, exceptuado por la Junta, no por respeto al ministerio sagrado, sino por temor á la opinión que se escandalizara ¹.

¹ Don Mariano Torrente incluyó en su *Historia* relación del suceso con pormenores que le había comunicado D. Pedro Alcántara Jiménez, capellán y confesor del prelado, y testigo de vista. Presos en el camino Liniers y sus acompañantes, como va dicho, saqueados sus equipajes, casi desnudos, fueron obligados á desandar cerca de doscientas leguas, camino de la capital, hasta una pampa llamada monte de los Papagayos, cerca de la posta de Cabeza del Tigre, donde les alcanzaron los emisarios de la Junta revolucionaria, y sin más diligencia de proceso que la notificación de sentencia de muerte, se les pasó por las armas, abandonando los cuerpos á la grosera rapacidad de los soldados.

El historiador argentino D. Ignacio Núñez intentó la defensa de la medida adoptada por la Junta, descargando sobre los difuntos *revolucionarios* la responsabilidad



Por victoria grande tuvieron los separatistas á la supresión sangrienta de los generales fieles á la metrópoli, que les consentía acudir á otro de los peligros temerosos: el de la plaza de Montevideo, punto de estación de la Marina real, residencia de su jefe superior, depósito de los pertrechos, centro, en una palabra, de las fuerzas navales que podían dominar el río y aun cerrar su puerto, lo que valiera tanto como sitiarnos por hambre. El arbitrio discurrido consistió en ganar á la tropa de infantería de la guarnición y lanzarla, juntamente con las milicias, á someter á los que les desvelaban; sólo que el plan falló, siendo los marinos, gobernados por D. José María Salazar, los que se impusieron, desarmando á

del acto de necesidad por el que perdieron la vida. Otros escritores de allende no se han conformado con su criterio apasionado. Don Santiago Arcos, en el estudio histórico *La Plata* (pág. 262), dijo:

«C'était un véritable assassinat, que rien ne justifiait; mais Moreno croyait qu'il fallait creuser un abîme entre les patriotes et les royalistes. La révolution avait ainsi sacrifié du même coup les deux hommes qui avaient le plus contribué à repousser les Anglais, et qui avaient mis dans les mains des créoles ces armes dont ils faisaient un si triste usage. Ce fut une tache pour elle, un crime qui devait peser sur son avenir.»

Don Carlos Calvo no se expresó con más miramiento en los *Anales históricos*, en que tantos documentos interesantes ha sacado á luz. Escribió (t. I, pág. 154, nota):

«La Junta de gobierno se componía de siete miembros y dos secretarios. Los miembros eran D. Cornelio Saavedra, D. Juan José Castelli, D. Mariano Belgrano, D. Miguel Azcuéneaga, D. Manuel Alberti, D. Domingo Mateu y D. Juan Larrea, y los secretarios, D. Juan José Passo y D. Mariano Moreno. Según la tradición oral y el testimonio de algunos de los patriotas que aún viven y que tomaron parte activa en esos sucesos, consta que esa extrema y lamentable resolución fué arrancada por la mayoría de un voto, después de una tenaz resistencia hecha por los señores Belgrano, Saavedra y Alberti. Pero ¿cuál fué ese voto que decidió de la suerte cruel que ha cabido á los ilustres generales, Liniers y Concha, ligados por vínculos tan estrechos á las más grandes glorias del pueblo de Buenos Aires? ¿Ese voto fué el de un español! De los siete miembros de la Junta, cinco eran americanos y dos españoles, los Sres. Larrea y Mateu; de modo que sólo dos americanos votaron por la ejecución. Perteneciendo nuestro corazón todo entero á la causa de la independencia americana, no puede ser dudosa nuestra admiración y respeto por los grandes patriotas que la prepararon y consolidaron; pero es precisamente inspirándonos en esos sentimientos y en los gigantescos y nobles servicios que les debe la causa de la libertad, que no podemos conciliarlos con ese acto sangriento, que ni los hechos referidos por el ilustrado Sr. Núñez en sus *Memorias históricas*, ni causas más graves aún, podrán justificar jamás.»

La Armada ha enaltecido, como era justo, la memoria de los generales que vistieron su uniforme. En nuestros días se exhumaron y condujeron honrosamente á España los restos mortales, que reposan en el panteón de marinos ilustres.



los revoltosos, embarcando en la fragata *Proserpina*, para conducirlos fuera, á los cabezas, y poniendo á la plaza en seguridad, limpia de sospechosos y en vigilante disposición. Allí, reconocida la Regencia, en comunicación con España, se reconcentró el poder existente, haciendo el sacrificio de abandono de las islas Maluinas ¹, y dando inmediato empleo á los auxiliares llegados, que la nación, por admirable esfuerzo hecho cuando eran pocos los recursos con que contaba en su aflictiva guerra, no dejó de partirlos con las provincias ultramarinas, enviando armas, soldados y aun dinero á Venezuela, á Méjico, á Santa Marta, á Maracaibo, á Cuba y Puerto Rico, á Montevideo y el Perú ².

Con los refuerzos llegó al apostadero el mariscal de Campo D. Francisco Javier Elío, nombrado Virrey ³, y no siendo admitido, como era de presumir, por los revolucionarios de Buenos Aires, ordenó lo que ellos temían, el bloqueo del puerto, establecido por el capitán de navío D. Juan Angel Michelena, con buques suficientes á la efectividad, después de notificarlo con anticipación á las potencias neutrales, y ninguna opuso dificultad, salvo nuestra buena aliada la Gran Bretaña, eficaz en España, donde atendía á la destrucción de los franceses; menos que interesada en que las colonias españolas quedaran destruídas por las revueltas.

El hecho es que lord Strangford, ministro de Inglaterra en el Brasil, se opuso á reconocer la validez del bloqueo, y que, cubierto con sus instrucciones, hizo indicación el almirante de la estación, Courcy, contra cualquier procedimiento contrario al comercio lícito de sus compatriotas, cambiando notas con Elío, por resultas de las cuales se devolvieron las presas hechas, y el bloqueo se levantó á los dos meses ⁴.

¹ Acordado por la Junta de guerra, se aprobó por las Cortes de Cádiz en 30 de Marzo de 1812, en la inteligencia de que, cuando variaran las circunstancias, cuidaría la Regencia de que volvieran á ocuparse cual estaban. Archivo del Ministerio de Marina, *Expediciones de Indias*, 1811, 11 de Mayo á 12 de Julio, é *Indiferente*, 1812, 30 de Marzo.

² El mismo Archivo, *Expediciones de Indias*, años 1809 á 1814.

³ *Diario de la Regencia*, 30 de Julio de 1810.

⁴ Archivo del Ministerio de Marina, *Expediciones de Indias*, 1811. Dos expedien-



España encontraba por doquiera enemigos desembozados ó encubiertos en la titánica lucha en que estaba empeñada, siendo el árbol caído del proverbio, singularizándose la inquina de los Estados Unidos de América por los procedimientos no variados de entonces acá en un ápice. Desde el principio de la revuelta hicieron declaración franca de sus simpatías con la tendencia separatista, prometiendo observarla de lejos en absoluta neutralidad; lo que no era óbice para que suministraran á los alzados contra el dominio español armas, municiones, buques, aparejos y hombres de mar y guerra; pero á las representaciones justificadas del Gobierno respondían invariablemente que los efectos enviados á las colonias no procedían del suyo, sino de particulares, á los que no se podía poner traba en el comercio, según las leyes vigentes en la república. De este modo eludían las quejas de los españoles, que se veían precisados á sufrir el agravio y á sacrificar el amor propio nacional en obsequio de la aparente buena inteligencia que no convenía alterar en tan críticas circunstancias ¹.

No es menester más lata explicación para que se comprenda de qué manera los de la Junta de Buenos Aires, sentido el escozor del bloqueo, tuvieron de repente escuadrilla, á pesar de la vigilancia ejercida en las aguas del Plata, y la introdujeron en las del Paraná, componiéndola un bergantín de 18 cañones, una goleta de 10 y una balandra de tres. Al punto salió en su busca el capitán de fragata D. Jacinto Romarate con los bergantines *Cisne* y *Belén* y los faluchos *Fama* y *San Martín*, y les dió alcance en San Nicolás de los Arroyos, donde estaban fondeados bajo la protección de una batería de cuatro piezas de á 8, situada en lugar dominante. Romarate los abordó y rindió el 2 de Marzo de 1811, con pérdida de 11 muertos y 16 heridos; se hizo dueño después de la batería de tierra, cuyos cañones pasó á su buque,

tes: 11 de Mayo á 14 de Junio, y 15 de Mayo á 14 de Julio. D. Carlos Calvo, en su obra citada, t. 1, páginas 336 á 346, insertó las comunicaciones cambiadas con este motivo entre el almirante Courcy y el virrey Elío.

¹ Torrente, t. 1, pág. 173.



y con las tres presas regresó al apostadero, recibiendo felicitación y premio por la bizarra acción ¹.

Los de Buenos Aires disimularon su derrota pasando fuerzas á la otra banda del río que levantarán la gente de los campos y pusieran en estrechez á la ciudad rival; los de Montevideo volvieron á bloquear y bombardearon con la escuadra á la enemiga, sucediendo que, sitiada por tierra la una, expugnada por agua la opuesta, tocaron ambas los extremos de la necesidad y del cansancio sin la superioridad que pretendían cada una por su lado, llegando el caso de coincidir en el deseo de dar tregua á las hostilidades y de concertar la pacificación en 24 de Octubre, suscribiendo el convenio el virrey Elio, por una parte, y Feliciano Antonio Chiclana, Manuel de Sarratea y Juan José Passo, triunvirato que á la sazón gobernaba á la otra, siendo principales condiciones el reconocimiento de soberanía de Fernando VII y la integridad del territorio ².

¡Cuán poco duró la avenencia! Calma aparente, parecida á la que consigo lleva el vórtice del huracán; pausa alcanzada por la mala fe de los revolucionarios para tomar aliento, impedir el auxilio del Gobierno del Brasil, solicitado por las autoridades de Montevideo, y preparar elementos con que sojuzgar á la odiosa plaza, transcurrió, dando intensidad á los horrores de la guerra.

Procuraban preferentemente los corifeos de Buenos Aires la adquisición de buques, la formación de escuadra militar, sin la cual tenía que ser ineficaz el asedio terrestre, por apretado que lo repitieran. Habían acudido al expediente de atraer aventureros de Europa, brindándoles con propiedad de tierras, sin hacer abstracción del arbitrio primitivo de proporcionarse los bajeles en los Estados Unidos de América, armados de perseverancia contra las contrariedades.

¹ Ministerio de Marina, Archivo, *Expediciones de Indias*; 5 de Julio de 1811 á 10 de Mayo de 1812. *Gaceta de la Regencia* de 20 de Julio y 3 de Agosto de 1811. Entre los Apéndices de este capítulo incluyo el parte oficial de Romarate con los pormenores del combate, dignos de memoria.

² Don Carlos Calvo publicó el Tratado en la obra dicha, t. 1, pág. 356.



Una de ellas es de contar por entremés entretenido. Estaban orgullosos al saber que contaban con bajel nuevo, ligero, bien armado con 20 cañones y capaz de hacer cara á cualquiera de los enemigos. Habíanle puesto por nombre *Hiena*. En camino para su destino, tocó en la bahía de los Santos, de la costa patagónica, donde un bote con seis marineros españoles atracó ofreciendo comestibles frescos. Aceptados que fueron, una vez en la cubierta los seis hombres, con cuchillos que llevaban ocultos, arremetieron á la descuidada tripulación; mataron á seis de ella, hirieron á 12, acorralaron en el sollado al resto de 96 que la componían, y con refuerzo que se les unió del puerto, dieron la vela, llevando el bajel á formar parte de la Armada real en Montevideo.

El cabo de los seis valientes se llamaba José González ¹.

Fué el catalán Juan Larrea ², ministro de Hacienda después que por reunión en Buenos Aires del Congreso ó Asamblea nacional se proscribió el nombre del rey Fernando VII, se cambiaron la bandera y divisas, se acuñó moneda con los emblemas republicanos y se pusieron las riendas de gobierno en una sola mano; después también de haberse decretado la persecución general de los españoles y secuestro de sus bienes; fué Larrea quien realizó la aspiración, comprando y armando en el puerto mismo de la capital, aunque con agentes extraños todos, los bajeles. Una fragata rusa, dos bergantines ingleses, una goleta angloamericana, mientras otros se proporcionaban. La dirección y régimen dió á un irlandés, antiguo contrabandista del Plata, llamado William Brown; el mando de los buques á aventureros encargados de reclutar los respectivos equipajes entre gentes de cualquiera procedencia, con tal que acreditaran suficiencia en el oficio.

¹ *Gaceta de la Regencia* de 17 de Octubre de 1812. Calvo confirmó la noticia sin pormenores.

² Nació en Mataró el 24 de Junio de 1782, según D. Angel Justiniano Carranza, distinguido escritor argentino, que ha dicho de él: «Entró en la revolución rico y considerado por su posición independiente, hermanada á sus ideas progresistas; y no obstante su consagración al servicio público con toda honradez, fué perseguido, engrillado, arruinado y expatriado.....» La misma suerte cupo, por lo general, á los españoles é hijos de españoles que se olvidaron de su naturaleza y obligaciones.



Con tanta actividad se verificó el armamento, gracias al concurso efectivo del banquero de Boston William White y á la oficiosidad del comandante de la fragata inglesa de guerra *Nereus*, que el 8 de Marzo de 1814 se consideró Brown en disposición de dar la vela y tomar la ofensiva contra el vencedor de Paraná, Romarate, que con su división de buques ligeros corría el Plata y sus afluentes atacando á los puestos de los patriotas y procurando los víveres y municiones que en Montevideo y en sus barcos, por tanto, escaseaban.

Llevó el titulado Comodoro de los insurgentes una fragata, una corbeta, un bergantín, dos goletas y dos balandras, esto es, siete buques, informado de ser de menor porte los españoles, que habían fondeado en la isla de Martín García y les dió vista el día 10, no tardando en advertir, empezado el ataque, que habían construido una batería en la playa, desde la que le causaron bastantes bajas por haber varado la fragata *Hércules*, de la insignia, á distancia de tiro de fusil. Al anochecer habían caído en su cubierta más de cien muertos ó heridos, contados el comandante Seaver, el mayor Smith y el oficial Stacy, nombres que por sí solos indican qué clase de gente los tripulaba.

Durante la noche consiguió poner el casco á flote, atracó á la costa para embarcar una compañía de dragones, y poniéndola en tierra en la isla por la parte opuesta, tomó á la batería por la espalda el 11, obligando á Romarate la falta de esta protección á embocar uno de los afluentes, donde no pudieron seguirle los bajeles grandes.

Cinco de los otros volvieron á atacarle el día 28 en la boca del Arroyo de la China, cañoneándole á tiro de pistola hora y media, á cuyo término se les voló una balandra y se pusieron las demás en retirada con pérdidas y averías, sin que pudieran seguirlas las españolas, desprovistas de municiones ².

¹ Eran el bergantín *Belén*; las zumacas *Aránzazu* y *Gálvez*; balandras *Murciana* y *Americana*; cañoneras *Perla*, *Lima* y *San Ramón*.

² Porque las historias americanas omiten este tercer combate, copio en el Apéndice núm. 2 de este capítulo el parte oficial de Romarate.



Los patriotas, después de todo, alcanzaron con la expedición la importante ventaja de aislar de Montevideo y separar de la escuadra, dividiéndola, á la parte de superior movilidad y á un jefe bizarro de mucho crédito. De la que estacionaba en el puerto, únicamente el *Hiena*, que se apresó en Patagonia, y el bergantín *Cisne* eran de desempeño; las dos corbetas *Mercurio* y *Paloma* se tenían sin gente por estar calificadas de *potalas*, y no había más, si no se incluyen en la cuenta los barcos de fuerza sutil, á los que estaba encomendada la custodia costera. Por algo se arrojó Brown á bloquear á su vez la plaza española, completando el cerco terrestre.

Privada de este modo de lo más necesario á la alimentación de un vecindario numeroso, se alzó el clamor del pueblo demandando remedio por voz del Ayuntamiento, entrometido á juzgar de lo que no era de su incumbencia. En escrito enviado al capitán general D. Gaspar Vigodet, sentaba que, dispuestas las fuerzas marítimas, las reputaba superiores á las bloqueadoras, y de necesidad salir á combatir las por exigirlo el honor de las armas católicas, los intereses del pueblo y aun los del Estado, aunque la superioridad no existiera, citando ejemplos de la historia en que una resolución firme había removido mayores obstáculos ó impedimentos.

No participaba de la opinión el comandante de Marina don Miguel de la Sierra, que no era hombre improvisado en la carrera¹; antes pensaba que para jugar *el resto* poniendo sobre el tapete con la suerte de la colonia la dominación de España en la América del Sur, había de tomarse el pulso á las circunstancias. Los barcos armados repentinamente con guadañeros, soldados y vagos, no le parecían á propósito para aventurar acción que pudiera perderse, como se perdió la

¹ Don Miguel de la Sierra, que había sustituido á D. José María Salazar en la comandancia de Marina del apostadero de Montevideo, servía desde 1780, habiendo corrido la escala de ascensos hasta el empleo de Capitán de navío. Había estado con el general Lángara en la ocupación de Tolón, señalándose en el sitio del fuerte Balaguer; dió vuelta al mundo en el navío *Europa*, como oficial de órdenes de D. Ignacio de Álava; se halló en el combate de las cuatro fragatas atacadas en plena paz por el comodoro inglés Moore el año 1804, y mandó sucesivamente el navío *Montañés* y las fragatas *Magdalena*, *Esmeralda* é *Ifigenia*, habiendo estado más de cuatro veces en el Río de la Plata. Era natural de Guarnizo.



escuadra en el cabo de San Vicente por causas semejantes, lo cual exponía en descargo de su responsabilidad.

Sabido es lo que vale la razón cuando la chillería del pueblo se desata; el general Vigodet mismo se inclinó ante la última, sancionando la preparación de dos fragatas y otros buques mercantes con soldados de milicias, miñones catalanes y gente de leva, tomada á viva fuerza en las plazas y muelles, hasta componer escuadra nominal de 13 barcos, echados á la mar el 14 de Mayo y despedidos cual si marcharan á una fiesta.

Brown se apartó de la costa al verlos dar la vela, dejando al efecto de la corriente que desordenara á aquel conjunto heterogéneo, y atacándolo disperso con sus siete buques unidos, acabó de desconcertarlo con el fuego de bala y metralla á corta distancia. El *Hiena*, barco insignia de los españoles, se sotaventeó, perdiéndose de vista al anochecer, y no se vió en los días 15 y 16, en que continuó el combate, interrumpido muchas veces por la calma y la separación de los combatientes. El último, en que se unió á los insurgentes la zumaca *Itati*, vararon en la costa la corbeta *Paloma* y el bergantín *San José*; se rindió la fragata *Neptuno*, y todavía en la madrugada del 17 lo hizo la goleta *María*, pronunciando la retirada los bajeles en que flotaba la bandera de España. La derrota era completa y decisiva ¹.

¿Cómo resistir después del suceso la plaza, cercada por tierra y mar y privada de alimentos²? Su general, D. Gaspar Vigodet, envió seguidamente parlamento al comodoro Brown, proponiendo armisticio, durante el que se trataran las condiciones de entrega, siempre que fueran honrosas, y facultado para ello por el Gobierno de Buenos Aires el General del ejército sitiador, se abrieron negociaciones, concluyendo en 20 de Junio capitulación, cuyos principales artículos eran ³:

¹ Véase el Apéndice núm. 3 de este capítulo.

² La guarnición, contagiada de escorbuto por las tropas que, en número de 2.000 hombres, habían llegado de España poco tiempo antes, llenaba los hospitales por incremento de la enfermedad desde que faltaron los viveres frescos.

³ Íntegra la publicó Calvo, t. II, pág. 182.



Entrega de la plaza, en calidad de depósito, por el rey don Fernando VII.

Salida de guarnición de mar y tierra con armas y ropas para dirigirse á la Península.

A la división naval de D. Jacinto Romarate se facilitarían víveres para que evacuara también el Río de la Plata.

No se arbolaría en la plaza, después de evacuada, por ningún motivo, otra bandera que la nacional.

El convenio sería extensivo en todas sus partes al establecimiento del Carmen del Río Negro, en la costa de Patagonia, como también á la zumaca *Carlota*, del mando del alférez de fragata D. Pablo Guillén.

Con estas condiciones se verificó la entrega el día 22, saliendo la tropa española con los honores de la guerra á acampar en el Arroyo Seco; pero sin que pasaran más de tres días, el caudillo de los republicanos, pretextando inteligencias con los disidentes de Artigas para caer de nuevo sobre la ciudad por sorpresa, desarmó á los capitulados, los aseguró en calidad de prisioneros de guerra y se apoderó de la escuadra anclada en el puerto. El general Vigodet fué enviado con su Estado mayor á Río Janeiro en uno de los buques de Brown, los soldados violentamente distribuidos entre los batallones del ejército patriota, y los buques retenidos como de buena presa.

Por tal acto de insigne mala fe se perdió el paladión de la autoridad real, quedando en poder de los separatistas 3.154 soldados del ejército peninsular, 2.186 de milicia, 176 cañones de bronce, 159 de hierro, el resto de la escuadra del mando de Sierra, con 210 piezas de artillería, la escuadrilla de Romarate, 8.200 fusiles y el material de guerra de los depósitos.

El general Vigodet protestó desde Janeiro ante el Gobierno de Buenos Aires por la falta de cumplimiento de lo convenido; y como dicho Gobierno pidiera explicaciones á su delegado, por el buen parecer, negó éste la existencia de la capitulación, afirmando que las condiciones negociadas fueron ardid de que se valió para apresurar la caída de una



plaza que ya estaba para rendirse. A manera de justificación publicó un largo manifiesto ¹, perdiendo su tiempo al rebuscar argucias de leguleyo ².

Falta sólo apuntar el nombre del que aseguraba solemnemente en el documento de descargo que su rúbrica puesta en cada una de las condiciones de la capitulación, bajo la palabra *concedido*, «indicaba, cuando más, una opinión particular ó sus deseos».

Don Carlos María de Alvear, Capitán de carabineros reales, de ilustre y distinguida familia ³, llegó á Buenos Aires á principios del año 1812 con otros oficiales españoles. Recibido en palmas por los revolucionarios, que le eligieron miembro de la Asamblea constituyente, fundó, juntamente con otro capitán, José de San Martín, y con el teniente de Marina Matías Zapiola, la logia masónica denominada Laútaró, muy pronto centro de poder oculto, superior al ostensible del Gobierno, donde se decidían las determinaciones de toda especie. Alvear adquirió ascendiente sobre los iniciados, que le dieron cierta popularidad, presentándolo como otro Alcibiades, joven, hermoso, elocuente en la tribuna, chispeante en el banquete, bravo, si fuera necesario, en el campo de batalla, aunque no le faltaran émulo que á las buenas cualidades opusieran las de inclinado al fausto y á la ostentación, y de poseído de fiebre de ambición egoísta, con la que todo lo posponía á su interés. El mismo día de la batalla naval de Montevideo, tomó posesión del mando del ejército sitiador de la plaza, para firmar seis días después la capitulación que había de romper con desprecio de la fe pública y del derecho de gentes ⁴.

¹ Inserto por Calvo, t. I, páginas 201-222.

² «Les vainqueurs se voient rarement obligés d'expliquer comment et pourquoi ils ont vaincu; Alvear fut donc approuvé et applaudi à Buenos Ayres.»—Don Santiago Arcos, pág. 323.

³ Doña Sabina de Alvear, *Vida de D. Diego de Alvear*, su padre.

⁴ Nombrado director del gobierno por estos méritos, no satisfizo á la expectación de sus admiradores. El mismo día de la posesión cayó Montevideo en poder de los partidarios de Artigas. Dejó á D. Santiago Arcos la narración de los actos con que oscureció el efímero brillo:

«Cet nouvel échec (el de Montevideo) fit perdre la tête au directeur. Pour y re-



Poca cosa ofrecen al estudio marítimo las ocurrencias de las regiones americanas situadas al Norte y al Oeste de Buenos Aires. Aunque en ellas, como en las demás, imperaba el desorden y corría la sangre, estando la costa del mar Pacífico en poder de las fuerzas reales, no había por las aguas otra operación que las de transporte de tropas á los puntos donde más eran necesarias. El jefe de escuadra D. Joaquín Molina, Presidente de Quito, atendía desde Guayaquil á sofocar el incendio de su gobernación, como el virrey del Perú D. José Fernando Abascal, á detener el alud que se le venía encima.

Se singularizó el reino de Chile, imitador de Buenos Aires en los comienzos revolucionarios el año 1810, pero que se adelantó en los fines, declarándose en 1811 independiente en absoluto de la metrópoli, sustituyendo á la bandera española la tricolor de su invención, y admitiendo representante de los Estados Unidos de América, á fuer de estado soberano. Fué director del movimiento D. José Miguel Carrera, compañero de San Martín y Alvear, formado, como ellos, en el ejército español, y extraviado, como ellos también, por la ambición del medro y la doctrina de las logias.

El caso es que, corriendo el año 1812, únicamente en la

médier, il envoya un nouvel ambassadeur à lord Strangford, lui demandant le protectorat de l'Angleterre et se soumettant d'avance à toutes les conditions que les Anglais voudraient lui imposer. En attendant il crut se soutenir au pouvoir par des mesures de violence et en établissant une espèce de dictature militaire. En vertu d'un simple décret, bon nombre des ennemis du directeur furent arrêtés, envoyés à bord des pontons, sans même qu'on se donnât la peine de formuler contre eux une accusation. Le peu d'argent qui se trouvait dans le trésor ayant été bien vite épuisé, il décréta tout simplement un emprunt forcé. Ces mesures ne pouvaient qu'augmenter le nombre de ses ennemis; ce que voyant, il voulut essayer du système de la terreur: il fit pendre un officier qui avait osé parler ouvertement contre lui, et ordonna que son cadavre restât suspendu à la potence pour servir d'épouvantail. Vains efforts! Cet attentat n'épouvanta personne, et ne fit qu'accroître l'aver-sion contre le directeur, qui succomba sous le poids du mépris général. Trois mois après qu'il avait prêté serment, il se voyait obligé de fuir la capital....

»Alvear comprit que seul, abandonné des troupes sur lesquelles il croyait pouvoir s'appuyer, il essayerait vainement de résister. Son caractère égoïste et léger ne se démentit pas dans ces circonstances. Il consentit à se démettre de ses fonctions, à la seule condition que la sécurité personnelle serait sauvegardée, et il partit pour Rio-Janeiro, sans se préoccuper autrement de la position difficile où il laissait ses amis politiques.»



provincia de Chiloe, por la especial constitución de sus islas en laberinto, y por la población, apartada de las intrigas, se mantenía la autoridad real ó el reconocimiento de dependencia de España, si se quiere, siendo necesaria una reconquista, habiéndola de imponer. Pues á nada menos se arrojó el Virrey del Perú, dando la encomienda al brigadier de la Armada D. Antonio Pareja, y proveyéndole, amén de las instrucciones, de 20 soldados veteranos, 40 reclutas y 50.000 pesos en dinero contante ¹.

Pareja se trasladó desde el Callao á Chiloe en un bergantín, y en menos de dos meses tenía organizados dos batallones, á los que en el bergantín y piraguas condujo á la provincia de Valdivia, mal desprendida todavía del régimen antiguo. Siendo bien recibido, como esperaba, adquirió armas y municiones, formó otro batallón, pasó al puertecillo de San Vicente y dió principio á la campaña, atacando con éxito á la plaza fuerte de Talcahuano, que sirvió de premio á su audacia. De la ciudad de Concepción, distante unas dos leguas, salió á darle batalla la tropa de los patriotas; mejor se dijera que salió á engrosar la suya, pues cualquiera que fuese la intención de los jefes, los soldados se le pasaron, abriéndole el camino de la ciudad, que era considerada llave del reino. Con más, la corbeta *Perla* y el bergantín *Potrillo*, armados por los separatistas y estacionados en Valparaíso, se le agregaron asimismo, con lo que tuvo á las órdenes formal ejército de todas armas: 1.600 infantes, 6.000 jinetes de milicias, 30 piezas de artillería de los calibres de 4 á 8, sin contar el contingente de indios araucanos que el jefe español supo atraerse.

La guerra de verdad dió principio en Marzo de 1813, al salir Carrera de Santiago con 12.000 hombres, riñéndose con suerte alternada; los realistas perdieron las plazas de la Concepción y de Talcahuano, tan fácilmente ocupadas, con la agravación de la fragata mercante *Tomás*, que por descuido, tantas veces repetido, entró en el segundo de estos puertos

¹ El P. Guzmán, *Historia de Chile*, t. 1, páginas 310-318.



y puso en manos de Carrera á 32 oficiales, vestuario, municiones y dinero traído del Callao. Sufrieron todavía otra desgracia sensible: murió de enfermedad el brigadier Pareja. Gracias á que el coronel D. Juan Francisco Sánchez, en quien recayó el mando, demostró ser digno de sucederle, reponiéndose de los descalabros, afianzándose en la costa y poniéndose en comunicación con el Virrey.

Al empezar el año 1814 fué enviado el brigadier D. Gabino Gainza en el navío *Asia*, con un batallón de infantería recién desembarcado de España; refuerzo bastante para recobrar á Talcahuano y á Concepción, y para dar á la campaña un giro favorable, marchando hacia Santiago, capital del reino, en cuyo tiempo ancló en Valparaíso la fragata de guerra inglesa *Phoebe*, llevando su comandante proposiciones conciliatorias del virrey Abascal, que aceptaron los patriotas.

No fué ciertamente inactivo el año: aparte los sucesos del Plata, resumía los de América uno de los historiadores ¹, diciendo:

«La revolución de Chile sucumbía gloriosamente en Rancagua, y millares de emigrados atravesaban los Andes, huyendo de la persecución del enemigo. En Quito, abatido caía el pendón republicano. En Caracas se eclipsaba la estrella del libertador Simón Bolívar, y la revolución venezolana era sepultada bajo los humeantes escombros del pueblo de Matumi, bañados con sangre americana. En Méjico triunfaban por todas partes los realistas. Lima continuaba siendo el gran centro político y militar de la reacción, y aunque amenazada por la revolución del Cuzco, se disponía á reforzar el ejército de Chile con el objeto de atacar á las Provincias Unidas, por la cordillera.....»

¹ Don Carlos Calvo, obra citada, t. II, pág. 162.



APÉNDICES AL CAPÍTULO V

NÚMERO I

Parte oficial del combate del río Paraná.

Excmo. Sr.: En mi oficio de 17 del pasado ofrecí dar á V. E. una noticia satisfactoria con motivo de haber sabido la entrada en el Paraná de los buques armados por la subversiva Junta de Buenos Aires, y tengo el honor de cumplir mi palabra poniendo á las órdenes de V. E. la goleta *Invencible*, del porte de 12 cañones, ocho de ellos de á 8, y los restantes de á 12; el bergantín *Veinticinco de Mayo*, con 14 canonadas de á 12, dos cañones de ídem á proa y dos de á 8 á popa, y la balandra la *Americana* con un cañón de á 6 giratorio y dos de á 3 en las bandas, que acaban de dar fondo en este puerto con los demás buques de mi división.

El abordaje que para su apresamiento tuve que darles en el surgidero de San Nicolás, donde se hallaban fondeados, hace tanto honor á las armas del Rey y tan recomendables á los comandantes y oficiales y tripulaciones de los buques de mi mando, que, para satisfacción de V. E. y justo premio de éstos, pongo en su noticia lo que sigue:

En la noche del 28 del pasado logré amarrarme en la parte del Este de la isla del Tonelero, y al amanecer tuve la satisfacción de avistar á los buques de la Junta, que se hallaban acoderados en el canal que forma la isla de San Nicolás con las Barrancas, é inmediatamente puse señal llamando á los comandantes de mi división, con el fin de determinar facultativamente si convenía atacar navegando en favor ó contra de la corriente, que en aquella estrechura es incalculable, y, según mi parecer, se determinó que fuese en contra de ella, pues de este modo podíamos hacer uso por más tiempo, y con mayor ventaja, de la artillería gruesa de nuestros dos bergantines *Cisne* y *Belén*. Determinado esto, puse la señal de dar la vela, y á las ocho de la mañana doblé la isla del Tonelero con proa al Oestesudoeste, no habiéndolo podido efectuar enteramente por falta de viento; pero lo conseguí á la espía, y á las doce se amarró la división á la parte Oeste de la isla, como á dos tiros de cañón de las embarcaciones que iba á atacar. A las cuatro de la tarde tiré un cañonazo sin bala y despaché al alférez de navío D. José Aldana, comandante del falucho *San Martín*, en



calidad de parlamentario. Este oficial, contra todo orden de guerra, no fué recibido, y regresó á bordo al ponerse el sol.

Luego que esto se verificó, determiné, con anuencia de los comandantes y oficiales de los buques, atacarlos y abordarlos en el momento que el tiempo me lo permitiese. Al amanecer del siguiente día largaron los bajeltes de la Junta una bandera roja al tope de trinquete, asegurándola con cañonazo con bala, indicándonos no daban cuartel, cuya bravata nos anunció más bien su miedo y nuestra victoria.

A las siete y media salí con mi lancha armada á reconocer de más cerca su posición, y rompieron el fuego luego que entré bajo de tiro; regresé á bordo después de reconocidos, y me mantuve así hasta las ocho de la mañana siguiente, porque el viento no me permitía dar principio á la acción. A esta hora dí la vela al efecto con viento al Sur, fresco, y con la orden dada á los comandantes de seguir batiéndolos hasta llegar al abordaje; pero habiendo tirado como 14 ó 16 tiros de proa, me avisaron de las cofas que por tierra venía, con dirección á las Barrancas, un crecido número de caballería con dos cañones, por lo que dí orden al *Belén*, que se hallaba á la voz por mi costado de estribor, para que arribase, siguiendo mis movimientos con los faluchos, hasta observar la clase de fuegos que se nos iban á dirigir y poder conseguir con este movimiento separarnos de la Barranca, que sólo distaba un tiro de pistola. Habiéndome separado como cosa de cable y medio, volvimos á virar sobre los enemigos, precaviéndonos de un bajo, haciéndoles fuego y recibéndole muy vivo, tanto de los buques como de cuatro piezas de cañón que con mucha ventaja nos batían desde la Barranca. Volvimos á virar, por habernos aproximado demasiado á tierra, y al cambiar de bordo sobre la costa de la isla, nos aconchó la corriente de proa sobre el placer de ella. El *Belén* logró salir, poniendo sus aparejos en facha, y yo tuve que tender una espía para ello, sufriendo el fuego de dos de las cuatro piezas de á 8, con las que consiguieron darme cuatro balazos en el casco y aparejo de este buque, manifestando en este tiempo mi gente la mayor serenidad y desprecio al fuego enemigo. A las dos horas salí de la varada y me fuí á amarrar á la punta Nordeste de la isla, donde de mi orden se hallaba el *Belén*. En este paraje me dió cuenta el comandante del falucho *Fama* que á dos tiros de cañón le había faltado la corredera, por lo que dispuse que su gente pasase á los bergantines, quedándose él en mi buque para asistir al abordaje que pensaba dar en aquella misma tarde. Inmediatamente llegó el comandante del *Belén* don José María Robiou con la gallarda oferta de su gente de que sólo esperaba la señal para volver al ataque, deseoso de que se concluyese en aquel mismo día. Le dí las debidas gracias en nombre del Rey, y quedamos en que



luego que las tripulaciones tomasen un refresco volveríamos á dar la vela, dirigiéndose el *Belén* á la goleta y el *Cisne* al bergantín, con el determinado objeto de abordarlos sin hacer caso de los fuegos de tierra y la balandra.

A las tres de la tarde hice señal de ponerse á la vela para efectuar la orden dada, y, con efecto, nos pusimos ambos bergantines en vuelta del canal, haciendo un fuego vivísimo de cañón y fusil á las baterías y buques, según se iba proporcionando; el *Belén*, por su mayor andar, logró abordar á la goleta cerca de un cuarto de hora antes que el *Cisne* abordase al bergantín, sin embargo de haber forzado de vela para conservar la mayor unión. Este buque consiguió en su abordaje apoderarse del bergantín sin más desgracias que la de cuatro heridos, por haberse tirado los contrarios al agua en el acto del abordaje. Ya rendido el bergantín, noté que aún se defendían en la goleta, sin embargo de que sólo tenía izada la bandera encarnada, por lo que di orden á la voz á mi lancha armada, que venía haciendo fuego por los flancos con los faluchos, mandada provisionalmente por el teniente de artillería de milicias de Buenos Aires don Sebastián Riera, de que fuese á reforzar al *Belén*; llegado á él, se embarcó en ella el comandante Robiou, y haciéndose conducir á la goleta, saltó dentro, á la cabeza de los valientes que le acompañaban, y completó su rendición.

Rendidos estos tres buques, mandé á tierra al alférez de navío D. José Aldana, y á sus órdenes al de fragata D. Joaquín Tosquella, acompañados del capitán de artillería de transporte D. Juan Pedro de Cerpa, para que se posesionasen de los cuatro cañones que nos habían batido desde la Barranca y los hiciesen transportar hasta la orilla del agua para facilitar su embarco, cuya operación se realizó á la mañana siguiente. Al amanecer de ésta mandé á la isla de San Pedro, donde se hallaban refugiados los prófugos del bergantín apresado, al teniente de artillería D. Sebastián Riera con algunos hombres, á fin de que los condujesen á bordo, previniéndoles no debían temer ninguna clase de violencia ni maltrato, y así se les ha cumplido en todas sus partes á los 62 individuos de que V. E. puede disponer.

La obstinada defensa de la goleta, al paso que ha dado mayor brillo al comandante y demás individuos que tripulaban el *Belén*, ha acarreado la dolorosa pérdida de 11 muertos y 16 heridos de este buque, algunos de ellos gravemente, con particularidad el alférez de artillería de transporte D. Ramón Suárez, que probablemente perderá una pierna.

He podido averiguar han perdido los buques apresados 36 hombres entre muertos y heridos; pero han sido aumentadas estas desgracias por al-



gún número de ahogados, á quienes precipitó el criminal temor de su suerte en nuestra arbitrariedad, haciendo una injusticia horrorosa á la honradez y humanidad que jamás abandonan á nuestros sentimientos, tan inmutables como incapaces de imitar por las almas bajas que nos lo censuran.

La bizarría, valor y subordinación con que se han conducido los individuos de esta división, imitando á los comandantes D. Manuel Clemente y D. José M. Robiού, tenientes de fragata, y á sus segundos D. José Argandoña y D. Toribio Pasalagua, alféreces de ídem; á los de los faluchos D. José Aldana, alférez de navío, y D. Joaquín Tosquella, alférez de fragata, me ponen en la honrosa obligación de recomendarlos á V. E., así como á los oficiales de artillería de transporte D. Esteban José de Cirés y D. Sebastián Riera, que, con el capitán de infantería D. Luis José de Saá, ocuparon tan dignamente sus puestos como los demás, incluso los terceros pilotos D. Mariano Fernández y D. Jerónimo Romero, y el aventurero D. Isaac Trapani y los cirujanos segundos D. José Rodríguez y don Diego Moreno, que han desempeñado sus encargos á toda mi satisfacción.

Dios guarde á V. E. muchos años. Bergantín *Cisne*, al ancla en el puerto de la Colonia del Sacramento, á 13 de Marzo de 1811.—Excelentísimo señor.—*Facinto de Romarate*.—Excmo. Sr. D. Javier de Elío, Virrey y Capitán general de estas provincias.

NÚMERO 2

Parte oficial del combate de Arroyo de la China.

El día 21 del corriente dije á V. S. mi situación por el falucho *Sebeyro*, que al efecto despaché desde el Arroyo del Vizcaíno, y al siguiente me dirigí aguas arriba hasta la boca del Arroyo de la China con ánimo de tratar con el Sr. D. Fernando Ortoques sobre el modo de proporcionar víveres para la subsistencia de esta división ínterin recibía auxilios y órdenes de V. S. Para conseguir esto me costó navegar incesantemente á la vela y espía hasta la mañana del 28, que hallándome ya cerca del expresado Arroyo, pasé al amanecer á tierra, donde, después de hacer largar bandera parlamentaria, tuve una entrevista con él, y la gran satisfacción para mí de hallarle sumamente adicto á la unión con Montevideo, en prueba de lo cual me hizo los más vivos ofrecimientos de auxiliarme con cuanto estuviera en su arbitrio. Eran ya las doce y media del día cuando oí un cañonazo llamándome del *Belén*, y en seguida recibí aviso de que muy cerca



de nuestros buques, por encima de las islas, se veían cinco velas, al parecer enemigas, navegando en vuelta de la división. Con esta noticia me puse inmediatamente en camino, y llegué á bordo cerca de las dos, donde tuve el gusto de hallar todos los buques acoderados á la boca del Arroyo, con el mejor orden, por las acertadas disposiciones del comandante del *Belén*, el teniente de fragata D. Ignacio Reguera. Luego que llegué se rompió un fuego vivísimo de ambas partes á bala y metralla, sufriendo los enemigos muchas averías en sus aparejos y probablemente muchísimas desgracias en sus tripulaciones, por la gran proximidad en que unos y otros buques se batían. Hubo varias veces en que sólo distaba un tiro escaso de pistola, y los cañones de á 18 de mi división jugaban con la mayor ventaja y velocidad. Duró este fuego hasta cerca de las tres y media, en que la balandra enemiga llamada el *Sapo*, por un cañonazo de á 18 bien dirigido de este buque, voló y desapareció en humo. Este accidente aterró á los enemigos de manera que se pusieron en fuga, navegando en popa río arriba, largando cada uno cuanta vela podía en la triste situación en que se hallaban. La mía, que cada vez va siendo más crítica por la escasez de municiones, me ha imposibilitado de conseguir una completa victoria, que he tenido que dejarla huir de mis manos con el mayor dolor. Sin embargo, tengo la satisfacción de haber escarmentado completamente á los enemigos, que han tenido la osadía de atacarme en este punto sin duda porque me creían absolutamente sin municiones para defenderme.

Ortoques me ha ofrecido el auxilio de pólvora que pueda, así como la galleta y carne que necesite, para tomar las medidas convenientes á la reunión de estas fuerzas con las que considero habrán salido ya de esa.

Debo recomendar á V. S. los oficiales y demás individuos que tripulan estos buques, tanto por su bizarría y constancia en los trabajos como por el denuedo que han manifestado en las acciones de los días 10, 11 y 28 del corriente.

Nuestra pérdida en estos días ha sido de cinco muertos y 20 heridos, la mayor parte de poca consideración, cuando por un prisionero que tengo á bordo he sabido que en las acciones de los días 10 y 11 perdieron los enemigos más de 60 hombres y una infinidad de heridos.

El comandante del *Aránzazu* fué contuso el 28, pero no de consideración.

El comandante D. Fernando Ortoques se me ha ofrecido para la conducción de este pliego, que he fiado á su celo con la esperanza de que dentro de pocos días será puesto en manos de V. S. Este jefe está deseando la llegada de los comisionados de ésa para la transacción de las diferencias



de la campaña con esa plaza, y por mi parte debo decir á V. S. que hallo urgentísima su venida para finalizarlas cuanto antes, pues sus deseos son los más ventajosos á la causa.

Dios guarde á V. S. muchos años. Bergantín *Belén*, en el Arroyo de la China, á 30 de Marzo de 1814.— *Facinto Romarate*.— Sr. D. Miguel de la Sierra, Comandante del apostadero.

NUMERO 3

Batalla naval de Montevideo.

Nada más natural que los historiadores de Buenos Aires pongan por las nubes el valor, habilidad y sobresalientes dotes de los que, venciendo en las aguas del Plata, escribieron la fecha de donde arranca la existencia del territorio como nación independiente. La apreciación de la escuadra española como *formidable*, las hipérboles y las apologías asimismo se acomodan á la celebración de un triunfo que no dejaba de sorprender á su deseo. Nuestras relaciones oficiales rebajan un tanto la entonación de las que ellos redactaron bajo la primera impresión del entusiasmo; pero no me propongo discutir las; de ellas mismas he de entresacar datos que sirvan para que la verdad quede en su lugar.

El año 1894 se celebró en la capital argentina el aniversario de la batalla de Chacabuco con certamen militar de tema libre, que había de servir de primitiva manifestación de la cultura en el Ejército y la Marina. Mereció consideración excepcional del Jurado la monografía escrita por D. Angel Justiniano Carranza con el título de *El laurel naval de 1814*, «por ser estudio serio que adelanta la historia naval argentina, ilustrando los combates de Martín García y de Montevideo con noticias abundantes, correctas y tomadas generalmente de documentos hasta ahora inéditos», y se imprimió con lujo ¹, con planos y grabados, entre los últimos el retrato y firma autógrafa de Juan Larrea, fundador de la Marina militar de la república. De esta Memoria, nada sospechosa de parcialidad por España, tomo los siguientes datos:

Tres candidatos se presentaron solicitando el cargo de la escuadra: Guillermo Brown, recomendado por las relaciones de la familia pudiente de Alzaga; Benjamín Franklin Seaver, protegido por su paisano norteamericano White, y Estanislao Courrande, corsario francés que en compañía

¹ Buenos Aires, MDCCCLXXXIV. Imp. Europea y taller de grabados en madera, Moreno, 51.



de Hipólito Mordeille había hostilizado al comercio británico, hasta en los mares australes, desde 1803. Se dió á Brown la preferencia en acuerdo de Estado, fundándose en que los ingleses reclutados para este servicio se hallaban en mayoría inmensa sobre los marinos de la fortuna *de once nacionalidades restantes*.

LA ESCUADRA ORGANIZADA SE COMPONÍA DE

BUQUES.	NOMBRES.	COMANDANTES.	CAÑONES.	HOMBRES.
Fragata.....	<i>Hércules</i>	Ricardo Baxter.....	36	293
Corbeta.....	<i>Belfast</i>	Oliverio Rusell.....	22	273
Ídem.....	<i>Céfiro</i>	Santiago King.....	18	148
Ídem.....	<i>Agradable</i>	Antonio Lamarca.....	23	155
Bergantín.....	<i>Nancy</i>	Ricardo Leech.....	15	122
Zumaca.....	<i>Trinidad</i>	Ángel Hubac.....	14	131
Ídem.....	<i>Itati</i>	Miguel Ferreri.....	10	94
Goleta.....	<i>Julieta</i>	Guillermo Mac Dougall.....	17	105
Ídem.....	<i>Fortuna</i>	»	»	»
Balandra.....	<i>Tortuga</i>	»	»	»
Falucho.....	<i>San Luis</i>	Guillermo Clark.....	3	25

«En Montevideo, conocido el parecer del Presidente del Cabildo y Gobernador político de la ciudad y sus colegas, corroborando la resolución del capitán general Vigodet, la escuadra realista principió á embarcar víveres, contribuyendo el Ayuntamiento con 200 quintales de galleta, á la vez que remontaba su personal, mediante un bando, conminando con graves penas á la gente de mar que no acudiese á ocupar su puesto á bordo de aquella, que luego se vió atestada de artesanos, mancebos de pulpería y tiendas, vagos y tahures que arreaban de día ó de noche las levás y parullas.

»Á éstos se adiestraba en la maniobra por un método raro, el cual merece recordarse por su originalidad. Asegurábase un naipe de la baraja en los cabos de labor con que se maneja el aparejo, y cuya extraña nomenclatura era incomprensible para ellos. Entonces, colocándose el instructor cerca de popa, mandaba con voz severa: *Al as de copas; al siete de espaldas; al caballo de bastos; á la sota de oros*, etc., etc., y al instante todos corrían á los respectivos palos, cuerdas ó velas ¹.

»Es de suponerse la confusión que debía causar turba semejante en los conflictos de un combate.

¹ En corroboración de la noticia, cita el *Diario histórico del sitio de Montevideo*, de Acuña de Figueroa, manuscrito en la Biblioteca Nacional de la misma ciudad.



»Mientras tanto, y á pesar de los ruegos y amenazas, exigiéndose el sacrificio de vidas y haciendas en aras del honor comprometido, el alistamiento, entre la edad señalada de diez y seis á cincuenta años, luchaba con grandes inconvenientes.»

Los buques, una vez armados siete mercantes y elegidos comandantes en el Ejército y en la marina mercantil, para suplir la falta de oficiales de la Armada, eran:

BUQUES.	NOMBRES.	COMANDANTES.	CAÑONES.	HOMBRES.
Queche.....	<i>Hiena</i> , capitana.....	Tomás Quijano.....	18	180
Fragata.....	<i>Mercedes</i> , mercante.....	Manuel de Clemente.....	16	180
Ídem.....	<i>Neptuno</i> , ídem.	Antonio Miranda.....	24	146
Corbeta.....	<i>Mercurio</i>	Pedro Hurtado de Corcuera.....	32	180
Ídem.....	<i>Paloma</i>	José Osorio.....	18	148
Bergantín.....	<i>Cisne</i>	Tomás Sostoa.....	10	87
Ídem.....	<i>San José</i> , mercante.....	Francisco Chavarri.....	16	126
Balandra.....	<i>Corsario</i>	Francisco Castro.....	8	53
Lugre.....	<i>San Carlos</i> ...	N. Uriarte.....	8	40
Goleta.....	<i>María</i> , mercante.....	José Mayol.....	4	40
Falucho.....	<i>Fama</i>	N. Busquet.....	1	40
Goleta.....	<i>Catalana</i>	»	»	»
Balandra.....	<i>Podrida</i>	Pepe el Mahonés.....	(Diez remos.)	

El autor suma 13 embarcaciones con 155 cañones y 1.180 hombres, sin poner los de las dos últimas, incurriendo en algún error de pluma, y estima formidable á la escuadra, sin advertir que la argentina, con no más de ocho buques, contaba por sus cifras 154 cañones y 1.321 hombres, cuya calidad, en opción á la de los pulperos y vagos adiestrados en el conocimiento de los naipes de la baraja, dice (pág. 46) satisfacía á Brown «porque, no obstante ser nacidos en climas diversos, se encontraban bajo una sola bandera, á cuya sombra los había congregado su profesión, y á los que la vida común no tardó en hacerlos amigos, y hasta hermanos, esa confraternidad del peligro que estrecha tanto los vínculos del compañerismo», y aparte consigna (pág. 28) «que sospechando Brown que el enemigo no tardaría en hacerse á la mar con el objeto de aventurar un encuentro que podía ser obstinado, embarcó algunos piquetes de los cuerpos de French y de Soler para reforzar sus guarniciones y hallarse habilitado á ofrecer ó recibir un abordaje».



Parécenme suficientes indicaciones para que cualquiera pueda discernir de qué parte estaba la superioridad en cualquiera de los conceptos en que se considere. De los hechos particulares contiene la Memoria del Sr. Carranza alguno que otro.

«El audaz aventurero Pepe el Mahonés se desprendió del convoy para hacer una excursión por la Estanzuela, consiguiendo sorprender allí al falucho *San Luis* y represar con él dos pequeños barcos que escoltaba, salvándose á nado todas las tripulaciones, á excepción de su comandante, que, ya herido, pereció en las olas. Pero el Mahonés se retiró con sus presas sin dar tiempo á que llegasen las dos piezas volantes que se aproximaban á gran galope en protección del *San Luis*, y entró con ellas en Montevideo.»

«La corbeta *Paloma*, gobernando mal, como se ha dicho¹, fué á amarrarse con la quilla hacia la banda del *Céfiro*. El alférez de navío Toribio de Pasalagua, indignado por la cobardía de los que le rodean, pide á gritos no se rindieran sin hacer previamente toda la resistencia compatible con el honor. Entonces el capitán del piquete de la Albuhera, Mariano Maturana, que estaba á la bandera, antes de arriarla, ofuscado por el despecho, disparó un pistoletazo sobre la lancha del *Céfiro*, que atracaba á tomar posesión del buque; imprudencia que hubo de comprometer la vida de los prisioneros.»

«El *Hércules*, maniobrando con habilidad, consigue trabar en su azorada carrera al *Cisne*, balandra de *Castro* y goleta *Maria*. Capturada ésta, los primeros no tuvieron más recurso que aterrarse hacia la falda del Cerro, detrás del cual embicaron, refugiándose sus dotaciones en el castillo de la cumbre, no sin dejar siniestra mecha que los hiciera saltar por los aires, causando nuevas víctimas. Al ver aquellos buques en las peñas, á la orilla, acudió de galope, desde el campo sitiador, el oficial Rafael Méndez con una partida de 24 dragones de la Patria, y, tomando la lancha del *Cisne*, no bien subieron á su bordo, cuando hizo explosión la mina, salvando apenas cuatro soldados y el citado oficial, aunque muy estropeado.»

«El triunfo no pudo ser más decisivo ni más fructífero, y fueron sus gajes seis buques, de los cuales dos incendiados, de 89 cañones, 37 oficiales de toda graduación, 380 hombres de tropa, tres banderas, 104 quintales de pólvora, 250 fusiles y cantidad enorme de otras armas.»

«Han resultado negativas nuestras largas pesquisas en los archivos de Buenos Aires y Montevideo para averiguar el número exacto de bajas ha-

¹ «La *Paloma* semejava una balsa, pues sus malísimas condiciones marineras la hacían casi ingobernable.»



bidas en este combate. Los españoles acostumbraban ocultarlas, y también los patriotas, observando unos y otros cierta preocupación de la época; pero si se confronta el pie de fuerza con que los primeros se hicieron á la mar con el parte del joven vencedor, se deduce que fueron 48 las sufridas por las cuatro presas. En cuanto á los segundos, sólo nos consta de cuatro que tuvo el *Hércules* el día 14 al cruzar las primeras balas con el *Mercurio*, además de la pérdida del comandante Clark, del *San Luis*, únicas que confiesa en sus *Memorias* el almirante Brown, quien fué herido.»

«Es tan positivo como inexplicable que Brown inició el combate izando al tope los colores españoles, hecho que fué muy comentado entonces, como es igualmente histórico que al dar la vela se distribuyeron á las dotaciones realistas formidables y filosos cuchillos para que degollaran sin misericordia á cuanto *gringo* ó *carcamán* aventurero cayese por sus bandas.»

«Siguió de cerca á la victoria la capitulación del intrépido Romarate, que flameaba su pabellón en las aguas del Uruguay. De este marino dijo el almirante Brown, y lo repite en sus *Memorias* con entera justicia, que en todos sus combates nunca había hallado hombre más valiente.»

«Al regreso de Sierra á España se le formó la competente causa. Fernando VII, conformándose con el parecer del Supremo Consejo de la Guerra, por Real orden de 15 de Octubre de 1818 lo declaró libre de todo cargo, y que la instrucción del significado proceso no dañase á su buena opinión, fama y memoria....»

Hasta aquí los fragmentos, copiados textualmente, de la Memoria premiada del Sr. Carranza; sírvales de complemento el

PARTE DEL CORONEL D. GUILLERMO BROWN, COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS MARÍTIMAS DE LAS PROVINCIAS UNIDAS, AL SECRETARIO DE ESTADO ENCARGADO DEL ARMAMENTO NAVAL ¹.

A bordo de la *Hércules*, al frente de Montevideo, 19 de Mayo de 1814.

Para que lo ponga vuestra señoría en noticia del Excmo. Supremo Director, tengo el mayor placer en participar á vuestra señoría que el 14 del corriente al amanecer zarpó y se hizo á la vela del puerto de Montevideo la escuadra enemiga, compuesta de las corbetas *Mercurio*, *Mercedes*, *Neptuno* y *Paloma*, de los bergantines *San José*, *Hiena* y *Cisne*, una goleta, la balandra de *Castro*, el falucho *Fama* y lugre *San Carlos*, resuelta á apresar y conducir á su puerto la que yo mando; mas su empresa ha abortado, sin duda porque así lo ha querido la Divina Providencia, que

¹ Don Carlos Calvo, *Anales históricos de la Revolución*, t. II, pág. 171.



todo lo encamina á lo mejor. La pequeña escuadra de mi mando constaba de las corbetas *Hércules*, *Belfast*, *Agréable* y *Zéfir*, bergantín *Nancy*, goleta *Juliet* y zumaca *Santisima Trinidad*. Desde luego me propuse no empeñar inmediatamente la acción, sino darla á una distancia regular de Montevideo; y lo conseguí, sólo con la pérdida de dos hombres muertos y un herido, por medio de un falso ataque que sostuvo principalmente la corbeta *Hércules*. El viento escaso proporcionó al enemigo, que se hallaba auxiliado por grandes lanchones que llevaba consigo, una ventaja que luego no me pesó, porque, aprovechándose de ella el enemigo, hizo rumbo al Este, y como por la tarde cambiase el viento, me hallé en proporción de cortarle su retirada, á la que se manifestaba muy inclinado. Como el viento continuase del Sudeste y creciese la marea, ambas escuadras tuvieron que fondear á distancia una de otra como de una legua, y así permanecieron algo al Este del Buco hasta las ocho de la noche, á cuya hora zarpamos y nos mantuvimos al Sur, sin perdernos de vista en toda la noche por medio de anteojos al intento. Los enemigos siempre inclinados á huir, y nosotros á seguirlos.

El queche *Hiena*, que estaba á la cabeza de la escuadra, estuvo á tiro de fusil de la *Hércules*; mas, aprovechándose de su mucho andar, después de haber recibido dos andanadas á metralla y bala, se largó y separó de sus compañeros. En él se descubría distintivo de jefe, y, no obstante esto, se complació en huir. Ocupamos la mañana del 15 en perseguir al enemigo con vientos flojos y á remolque de los botes. A la una de la tarde anclaron las dos escuadras, y á las ocho de la noche, como fuese oscura y el viento se llamase al Nordeste, el enemigo se levó y corrió cuanto el viento lo permitía. A las diez, cuando aclaró, se llenó de desesperación la gente de mi escuadra, porque no vió la enemiga; zarpamos y navegamos en vuelta de la isla de Flores, mas no continuamos en este rumbo. Así que amaneció el 16 no creo que hubiese uno en la escuadra que no se llenase de placer al descubrir la enemiga al Este. Poco después una zumaca, mandada por el capitán Torreros, se descubrió tan inmediata al enemigo, que sólo pudo salvarse por milagro, porque si hubiesen estado resueltos á esperarnos, debían haberla apresado; pero no: ellos se mantuvieron dirigiéndose al queche, acortando de vela de cuando en cuando, esperando los buques que estaban á barlovento á los que estaban sotaventados. A la una de la tarde se reunió á la escuadra la zumaca; la *Agréable* y el *Nancy* se mantenían á distancia. A las dos nos pusimos en seguimiento del enemigo á remolque y con poco viento, mientras él procuraba evitar por todos los medios posibles que los alcanzásemos. En este estado, haciendo fuego cuando la distancia lo permitía, continuaron la caza la *Hércules*, *Belfast*,



Zéfir, dos zumacas y goleta *Juliet* hasta las diez, en cuya hora, hallándose á la cabeza de nuestros buques la *Hércules*, alcanzó á los buques enemigos que se hallaban á retaguardia, les hizo dos descargas y puso aquella parte de la escuadra enemiga en tal confusión, que á pocos minutos el bergantín *San José* y las corbetas *Neptuno* y *Paloma* se rindieron, teniendo la satisfacción de hacer presente al ánimo sensible de S. E. que se han perdido muy pocas vidas; á la verdad, por nuestra parte no hemos tenido más desgracias que las del día 14. El resto de la escuadra enemiga aprovechó el momento en que tomábamos posesión de los buques rendidos, y á favor de la obscuridad de la noche se dirigió á su puerto, hasta donde fueron perseguidos con la posible diligencia; y si el *Mercurio*, la *Fama* y el lugre, que fueron los que solamente pudieron ganarlo por entonces, hubiesen tenido que navegar una legua más, los tres habrían sido apresados por el *Hércules*, que, como el más á vanguardia, les dió caza hasta tiro de cañón de la plaza.

El bergantín *Cisne*, la balandra de *Castro* y una goleta, viendo que no podían escaparse porque el *Hércules* estaba entre ellos y el puerto, se vinieron á la playa al Suroeste del Cerro, en donde fué apresada la goleta y quemados los otros dos. Las tripulaciones se refugiaron al Cerro. Por un efecto de su poco andar, la *Agréable* y el *Nancy* no pudieron reunirse á los demás á tiempo de tomar parte en la acción. De este modo las Provincias del Río de la Plata han conseguido una completa victoria sobre una fuerza enemiga muy superior, que nada menos se había propuesto que cortar el pescuezo á todos los que estábamos en la escuadra, á cuyo fin la tripulación de la suya había sido armada con largos cuchillos, cosa que apenas puede creerse ¹.

Sea de esto lo que fuere, debo recomendar muy particularmente que sean tratados como prisioneros de guerra. Usar de represalias sería debilidad, y perdonarles será generosidad. La crueldad se aumenta por actos de su misma naturaleza. Estos hombres deben ser enseñados más bien por el buen ejemplo que por la *retaliación* ².

Los prisioneros son en número de 500, poco más ó menos. El número de oficiales de una y otra clase es inmenso en proporción al de marineros y soldados.

El armamento que se ha tomado lo ignoro aún; pero según los informes que he recibido, parece que es en número considerable.

¹ Lo que cuesta trabajo admitir es la candidez de los que estas cosas escriben. En todos los buques de la Armada española era reglamentario el cuchillo de abordaje entre las demás armas.

² Para un contrabandista de oficio no está mal parlado, sobre todo dirigiendo el consejo al ánimo sensible del supremo Director del Gobierno republicano.



El enemigo está bien anclado y amarrado en el puerto.

Su excelencia el general Vigodet me ha dirigido en el falucho *Fama* un parlamento al día siguiente de la acción, que incluyo original, y en copia mi contestación y la del pasaporte que he concedido al queche para que pase á esa. El edecán de su excelencia que vino conduciéndolo, me propuso el canje de prisioneros, á que no he accedido. Yo espero que mi conducta en este particular será aprobada por su excelencia, en el supuesto de que mi ánimo ha sido acertar.

Felicitando á su excelencia por este suceso, y recomendando á su generosidad los comandantes, oficiales, marineros y soldados de la escuadra de mi mando, tengo el honor de ser de vuestra señoría su sincero obediente servidor, — *Guillermo Brown*.

Señor D. Juan Larrea, Secretario de Estado en el departamento de Hacienda, y encargado del armamento naval del Estado.

Don Miguel de la Sierra hizo su propia defensa ante el consejo de guerra celebrado en la isla de León el 15 de Abril de 1818, bajo la presidencia del jefe de escuadra D. Miguel Gastón, siendo jueces los brigadieres D. Rafael Maestre, D. Santiago Irisarri, D. Joaquín Castañeda, D. Ramón Herrera, D. Martín Iriarte y D. Fermín Esterripa. El juicio unánime, conforme con la conclusión fiscal, fué aparecer justificado el proceder del Comandante en el hecho infeliz de la derrota ¹.

¹ Proceso original en el Archivo del Ministerio de Marina.

